BOAS

ENERO 2014
TOMO CLII Nº 2317

Archidiócesis de Sevilla

BOLETÍN OFICIAL DE LA ARCHIDIÓCESIS DE SEVILLA

Enero 2014 Nº 2317

Arzobispo

Revivir nuestro bautismo. Carta Pastoral. 5
Emigrantes y refugiados: hacia un mundo mejor. Carta Pastoral. 8
Jornada de la Infancia Misionera. Carta Pastoral. 10

Vicaría General

Circular sobre la apertura del expediente matrimonial. 13

Secretaría General

Circular sobre la digitalización de los archivos parroquiales. 15
Nombramientos 16
Ceses. 16
Necrológicas. 17

Departamento de Asuntos Jurídicos

Aprobación de Reglas. 19
Confirmación de Juntas de Gobierno. 19

Obispos del Sur de España

CXXVII Asamblea Ordinaria. 21

Santa Sede

Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz. 23
Mensaje para la Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones. 35
Mensaje para la Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales. 38

Agenda

Agenda de Enero de 2014. 43

Arzobispo

Carta Pastoral

REVIVIR NUESTRO BAUTISMO
10 de enero de 2014

Queridos hermanos y hermanas: Celebramos en este domingo la fiesta del Bautismo del Señor, acontecimiento trascendental que cierra la vida oculta de Jesús e inaugura su vida pública y que debió impresionar grandemente a los testigos del hecho hasta el punto de que los cuatro evangelistas lo narran.

La razón es que esta teofanía maravillosa, en la que el Padre declara que Jesús es el Hijo bienamado, mientras el Espíritu Santo unge a Jesús en el comienzo de su ministerio público, es la prueba incontestable de su mesianidad y el refrendo de su divinidad.

El relato del Bautismo del Señor es además para los evangelistas la mejor explicación catequética del significado del bautismo cristiano, que Jesús inaugura en el Jordán. En este sentido nos dice San Máximo de Turín: "El Señor Jesús viene para ser bautizado y quiere que su cuerpo santo sea lavado en las aguas del Jordán. Alguien dirá quizá: si es santo, ¿por qué quiso ser bautizado?... Cristo es bautizado no para ser Él santificado por las aguas, sino para que las aguas sean santificadas por Él. Más que de una consagración de Cristo, se trata de una consagración de las aguas de nuestro bautismo".

La fiesta del Bautismo del Señor evoca, pues, el día de nuestro bautismo, el día más importante de nuestra vida, fecha que todos deberíamos conocer y celebrar más incluso que el día de nuestro nacimiento físico, porque

en ella fuimos purificados del pecado original y lo que es más importante, fuimos consagrados a la Santísima Trinidad, que vino a morar en nuestros corazones. En aquel día memorable recibimos el don de la gracia santificante, nuestro mayor tesoro, porque es la vida divina en nosotros, que nos permite formar parte de la familia de Dios como hijos del Padre, hermanos del Hijo y ungidos por el Espíritu.

En aquella fecha fuimos incorporados al misterio pascual de Cristo muerto y resucitado, sacerdote, profeta y rey, y en consecuencia, recibimos una participación de su sacerdocio real y de su condición de profeta, que nos habilitó y destinó al culto, a ofrecer sacrificios gratos a Dios por Jesucristo, y a testimoniarlo con obras y palabras. Al mismo tiempo, quedamos incorporados a la Iglesia, la porción más valiosa de la humanidad, la Iglesia de los mártires, de los confesores, de las vírgenes, la Iglesia de los héroes y los santos, que han dado la vida por Jesús y que nos estimulan con su ejemplo en nuestro caminar.

El recuerdo de nuestro bautismo en esta fiesta debe hacer brotar en nosotros un primer sentimiento: la gratitud al Señor que permitió que naciéramos en un país cristiano y en el seno de una familia cristiana, que en los primeros días de nuestra vida pidió para nosotros a la Iglesia la gracia del bautismo. Una segunda actitud es el gozo. Hemos de recordar ese día trascendental en nuestra vida con una profunda alegría interior. Un tercer sentimiento debe ser la responsabilidad. Todavía recuerdo con estremecimiento la pregunta valiente y vigorosa que el Papa Juan Pablo II hizo a los franceses en 1979, con ocasión de su primer viaje a Francia: "Francia, ¿qué has hecho de tu bautismo?".

Es la misma pregunta que en este día todos nos debemos formular en la intimidad de nuestros corazones: ¿Qué hemos hecho de nuestro bautismo? ¿Es algo vivo, actual, que compromete nuestra vida de cada día o es el mero recuerdo de un suceso del pasado? ¿Vivo con confianza y alegría mi condición de hijo de Dios, Padre bueno y providente, que se preocupa de mí y me mira con ternura? ¿Mi vida está organizada como una respuesta a la alianza que sellé con el Señor en aquella fecha decisiva? ¿Soy consciente de que la gracia santificante es un tesoro que debo cuidar cada día? ¿Cultivo la amistad y la intimidad con el Señor? ¿Vivo con hondura la fraternidad, con la conciencia de que mis semejantes son también hijos de Dios y hermanos míos? ¿Vivo con gratitud, amor y orgullo mi pertenencia a la Iglesia, hogar cálido que me acoge y acompaña en mi vida de fe?

Con el Concilio Vaticano II os recuerdo que todos, sacerdotes, consagrados y laicos, estamos llamados a buscar y vivir la santidad, la exigencia más radical de nuestro bautismo: "Los seguidores de Cristo, llamados por

Dios no en razón de sus obras, sino en virtud del designio y gracia divinos, y justificados en el Señor Jesús, han sido hechos en el bautismo... verdaderos hijos de Dios y partícipes de la divina naturaleza, y, por lo mismo, realmente santos. En consecuencia, es necesario que, con la ayuda de Dios, conserven y perfeccionen en su vida la santificación que recibieron" (LG 40). Este es mi deseo y mi mejor augurio para todos vosotros, queridos hermanos y hermanas, en los comienzos del nuevo año de gracia que el Señor nos ha concedido.

Para todos, mi saludo fraterno y mi bendición.

+ Juan José Asenjo Pelegrina
Arzobispo de Sevilla

Carta Pastoral

EMIGRANTES Y REFUGIADOS: HACIA UN MUNDO MEJOR
19 de enero de 2014

Queridos hermanos y hermanas:

Celebramos en este domingo la Jornada del Emigrante y el Refugiado con el lema Emigrantes y refugiados: hacia un mundo mejor. Es ésta una nueva oportunidad para considerar la realidad de los inmigrantes a la luz del Evangelio y para ver el modo de que su llegada hasta nosotros no se convierta para los inmigrantes en causa de sufrimiento, sino en una justa oportunidad de alcanzar la plenitud que Dios quiere para sus hijos.

El fenómeno migratorio tiene como causa la huida de la pobreza extrema, de la discriminación por cualquier causa, de la violencia o de amenazas para la vida. Con frecuencia es una experiencia dolorosa en nuestro mundo globalizado, que abre las fronteras a los mercados, los capitales o las personas con recursos económicos, pero que las custodia sin piedad cuando se trata de seres humanos pobres o perseguidos en busca de un futuro mejor para ellos y sus familias.

En Europa, y también en otras partes del mundo, estamos comprobando cómo las políticas migratorias son causa de sufrimiento y de muerte. Se cuentan por miles en la última década las víctimas de la impermeabilidad de nuestras fronteras. El Papa Francisco nos recuerda que, como Caín, hoy nadie se siente responsable de las muertes de los inmigrantes, mientras Dios nuestro Señor nos pregunta a cada uno ¿dónde está tu hermano? En el pasado mes de octubre casi trescientos inmigrantes, mujeres, hombres y niños, que en gran parte huían de la guerra, murieron ahogados frente a las costas de Lampedusa. El Papa calificó aquel acontecimiento como una vergüenza.

Entonces se produjo una sacudida momentánea en la conciencia europea. Transcurridos tres meses no ha habido ninguna actuación tendente a evitar que la tragedia se repita. A pesar de las primeras declaraciones ante los féretros, no ha habido cambios en la política europea de inmigración. Sigue habiendo personas que mueren cada día a escasos kilómetros de nuestras casas, en el Estrecho, en Ceuta y Melilla, en el intento de atravesar el desierto… Como discípulos y seguidores de Jesús, podemos y debemos exigir a quienes diseñan estas políticas que pongan como centro al ser humano, por encima de cualquier requisito administrativo, intereses económicos o miedos a la diferencia.

En el momento de crisis económica que padecemos, los inmigrantes sufren de forma muy severa las consecuencias del paro y los recortes en los

recursos sociales. Muchas de estas personas han estado trabajando junto a nosotros, cotizando a la Seguridad Social, contribuyendo a fortalecer nuestro sistema de pensiones, pagando sus impuestos y enriqueciendo nuestro tejido económico, social, cultural y religioso. La tentación es pensar que ya no los necesitamos y que deben marchar porque son fuerza de trabajo en la abundancia, pero estorbo en la escasez, pensamiento éste muy alejado del Evangelio de Jesús.

En nuestras parroquias hay familias inmigrantes arraigadas, vecinos y amigos nuestros, cuya situación administrativa es hoy muy comprometida: la falta de empleo les impide renovar sus permisos de residencia y ello desencadena múltiples situaciones de discriminación: no poder acceder a un puesto en una guardería, perder la ayuda para el comedor de sus hijos, dificultades para el empadronamiento, vulnerabilidad en la negociación de las condiciones laborales, especialmente en el empleo doméstico, y padecer abusos e incumplimientos de la ley por parte de los empleadores, sin mencionar la presión psicológica de no sentirse seguros, con el temor de ser enviados a un Centro de Internamiento de Extranjeros o repatriados forzosamente. Estas circunstancias, a las que se une la falta de recursos económicos para atender a las necesidades básicas, están desencadenando procesos de empobrecimiento y deterioro personal y familiar que no pueden dejarnos indiferentes.

La Jornada del emigrante de este año es una invitación a fortalecer nuestra fraternidad, a buscar el bien para cada hermano, hijo de Dios, alguien de mi familia, alguien que me pertenece. No habrá un mundo mejor si sólo está garantizada la prosperidad económica de unos pocos, si no trabajamos codo con codo con los inmigrantes para construir una sociedad justa en la que existan oportunidades de desarrollo integral para todos.

La crisis no nos enfrenta; más bien nos debe ayudar a buscar juntos soluciones. En las parroquias no nos debemos limitar a atender las necesidades materiales de los inmigrantes. Hemos de construir espacios de diálogo y encuentro, en la liturgia y en la celebración, en el crecimiento en la fe, en el testimonio y la caridad, apoyándonos unos a otros para ser sal de la tierra y luz del mundo. Construyamos comunidades donde se vive la lógica evangélica, el respeto a la diferencia, la riqueza de la diversidad intercultural, el compartir los bienes, en comunidades en las que se vive la fraternidad y se testimonia la Buena Noticia del amor de Dios.

Con mi gratitud al Delegado Diocesano de Migraciones y a su equipo por su compromiso con estos hermanos nuestros, para todos mi saludo fraterno y mi bendición.

+ Juan José Asenjo Pelegrina
Arzobispo de Sevilla

Carta Pastoral

JORNADA DE LA INFANCIA MISIONERA
26 de enero de 2014

Queridos niños y niñas de nuestra Archidiócesis: Celebramos en este domingo la Jornada de la Infancia Misionera con el lema "Los niños ayudan a los niños". En años anteriores la Jornada ha ido recorriendo los distintos continentes: Asia en 2009, África en 2010, Oceanía en 2011, América en 2012 y Europa en 2013. Este año el lema es inclusivo y parece querer englogar a todos los niños del mundo.

El lema tiene algo de sorprendente. ¿Niños y niñas que ayudan a otros niños y niñas? ¿No debiera ser eso una tarea principalmente de los adultos? El lema es provocador porque se dirige directamente a vosotros, porque tenéis capacidad para daros cuenta de lo que sucede en nuestro mundo y actuar en consecuencia prestando a otros niños vuestra ayuda y cariño.

La Sagrada Escritura, y particularmente el Nuevo Testamento, nos habla muchas veces de los niños. Jesús, cuyo nacimiento acabamos de celebrar, siendo niño como vosotros, ya tomaba sus propias iniciativas de manera responsable. San Lucas nos cuenta cómo Jesús, a la vuelta de una peregrinación con la Virgen y San José a Jerusalén, se queda en el templo y "sentado en medio de los maestros, les escuchaba y les preguntaba, y todos los que le oían, estaban estupefactos por su inteligencia y sus respuestas" (Lc 2,46-47). Queridos niños y niñas, se puede ser niño, y ser también, de alguna manera, "sabio" como el niño Jesús. Podéis ser "sabios" si crecéis en inteligencia para el bien y para ayudar a otros niños.

En su vida pública, Jesús tomaba muy en serio a los niños y los amaba inmensamente, como muestra el episodio en el que le presentaron unos niños para que los bendijera mientras sus apóstoles les apartaban. Nos cuenta el evangelista San Marcos que Jesús, al ver esto, les reprendió diciendo: «Dejad que los niños vengan a mí, no se lo impidáis, porque de los que son como éstos es el Reino de Dios" (Mc 10,14). Jesús nos invita a todos a ser como vosotros, buenos, sencillos, sinceros, cariñosos y fraternales.

Queridos niños y niñas: el lema "Los niños ayudan a los niños" os quiere tomar muy en serio. Os convierte en protagonistas de una tarea muy bella: la de ser solidarios con otros niños que necesitan de vuestra ayuda. Ayuda para muchas cuestiones importantes de la vida. Ayuda para superar sus carencias alimentarias y educativas. Ayuda para recibir la luz del Evangelio y conocer mejor a Jesús, quien nos libera y salva a todos gracias a su infinito amor. Cada vez que ayudáis a los niños de los países pobres os convertís en

pequeños misioneros que colaboran con los misioneros adultos a transmitir la Buena Nueva del amor salvador de Jesús, quien nos dijo: "Cuanto hicisteis a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis" (Mt 25, 40).

Muy probablemente alguno de vosotros se pregunte: ¿y cómo nosotros podemos ayudar desde tan lejos a tantos niños necesitados de los países del sur y de las tierras de misión? Os respondo diciéndoos que lo podéis hacer de muchas maneras: la primera, rezando por esos niños y niñas, por los misioneros y voluntarios que se dedican en cuerpo y alma a ellos; pidiendo a Dios que nos dé a todos un corazón sensible y solidario con los sufrimientos de los demás. Rezar así es muy importante y lo podéis hacer solos o en compañía de vuestros padres, o con los compañeros de colegio o de catequesis. Rezar juntos es una manera muy importante de ser y hacer Iglesia, y vosotros, queridos niños y niñas, sois el presente y futuro más bello de nuestra Iglesia.

También podéis ayudarles aportando algo de vuestros ahorros. Lo poco que podáis compartir será mucho para esos niños necesitados. Será una hermosa prolongación de la operación SEMBRADORES DE ESTRELLAS, en la que en la pasada Navidad regalabais con una sonrisa en la calle preciosas estrellas que anunciaban el nacimiento de Jesús. Este sencillo gesto seguro que ha provocado sentimientos de bondad en la gente, pues les ha ayudado a comprender lo que es el auténtico espíritu navideño. De esta manera, vosotros mismos pasáis a formar parte de la gran familia misionera, generosa y solidaria con los más necesitados.

No quisiera terminar sin antes agradecer la gran labor realizada por todo el voluntariado en los colegios de la Iglesia y en los colegios públicos a favor de las misiones y de los misioneros.

Queridos niños y niñas de la Archidiócesis: me siento orgulloso de todos vosotros y de vuestro empeño generoso por las misiones. Os tengo muy presentes en mi oración para que seáis buenos cristianos y amigos de Jesús, y el germen de una Iglesia futura más viva y misionera.
Al mismo tiempo que os envío un saludo para vuestros padres y hermanos, pido a la Santísima Virgen, la Reina de las Misiones, que os acompañe y proteja siempre. Contad también con mi bendición.

+ Juan José Asenjo Pelegrina
Arzobispo de Sevilla

Vicaría General

Circular sobre el lugar de la apertura del expediente matrimonial

CARTA CIRCULAR A LOS PÁRROCOS Y RECTORES DE LA ARCHIDIÓCESIS DE SEVILLA SOBRE EL LUGAR DE LA APERTURA DEL EXPEDIENTE MATRIMONIAL

Sevilla, 27 de enero de 2014

Estimados hermanos sacerdotes:

Por medio de la presente cumplo el encargo de recordarles que el lugar para la incoación del expediente matrimonial es la parroquia a la que, por razón de residencia, pertenece alguno de los contrayentes. Cabe la posibilidad, por decisión de los novios, de realizarlo en alguna otra parroquia, siempre que se cuente con la licencia o anuencia del párroco de alguno de los contrayentes. Y, finalmente, también es posible realizarlo en la parroquia en que fijarán su domicilio a partir de su boda.

Asimismo, se debe tener en cuenta que al párroco de alguno de los contrayentes, antes de conceder licencia para la celebración del matrimonio en otra parroquia, le debe constar por escrito que el párroco del lugar donde se pretende celebrar el matrimonio está dispuesto a realizar el expediente matrimonial y las catequesis prematrimoniales correspondientes, a menos que el mismo párroco propio considere que el expediente y las catequesis deben realizarse en su parroquia (cf. c. 1115 CIC; nn. 46,85-89, Directorio de Pastoral Sacramental. Sacramento del Matrimonio; n. 3, Guía para la tramitación de los Expedientes Matrimoniales).

Habiendo tenido noticias de que en algunas parroquias se procede a la apertura del expediente matrimonial sin la licencia o anuencia del párroco de alguno de los contrayentes, se recuerda la referida normativa sobre esta materia.

Les saluda, con vivos sentimientos de fraternidad.

Teodoro León Muñoz
Vicario General
Prot. Nº 298/14

Secretaría General

Circular sobre la digitalización de los archivos parroquiales

Sevilla, 27 de enero de 2014

Estimado hermano sacerdote:

Como es de todos conocido, atender en los archivos parroquiales las necesidades de conservación y las demandas cada vez mayores de los investigadores es una tarea a veces compleja por la falta de medios humanos y económicos.

Por este motivo, y para irnos adecuando a la normativa vigente en esta materia, tanto eclesiástica como civil, queremos coordinar y colaborar desde la Archidiócesis en esta gestión en beneficio de todos.

Uno de los asuntos que últimamente tiene más demanda es el de la digitalización de los archivos. Algunas peticiones sí nos han llegado directamente a la Archidiócesis, pero hemos tenido noticias de otros proyectos que están siendo ejecutados por terceras personas ajenas a la Archidiócesis.

Así pues, se comunica que para proceder a la digitalización de los archivos parroquiales se requiere la autorización previa de la Secretaría General de la Archidiócesis. Quienes hayan iniciado ya alguna tarea de este tipo deben ponerse en contacto con esta Secretaría General a la mayor brevedad para que se les indique el procedimiento a seguir.

Agradeciendo de antemano tu colaboración en este importante asunto, recibe un afectuoso saludo en el Señor

Isacio Siguero Muñoz
Secretario General y Canciller
Prot. nº 266/14

Nombramientos

- D. Mariano Escobar Crespo, Administrador Parroquial de la Parroquia de Nuestra Señora de las Virtudes, de La Puebla de Cazalla.
8 de enero de 2014
- P. Marek Jan Wawrzyszko (OFM Conv), Vicario Parroquial de la Parroquia de Nuestra Señora de los Desamparados, de Sevilla.
9 de enero de 2014
- D. José Ángel Martín Domínguez, Director Espiritual de la Hdad. Mayor de Nuestra Señora de Setefilla, de Lora del Río.
13 de enero de 2014
- D. Pedro Jiménez Barros, Asesor Religioso del Consejo General de Hdades. Y Cofradías, de Morón de la Frontera.
13 de enero de 2014
- D. José María Losada Lahera, Director Espiritual de la Pontifica, Real e Ilustre Hermandad y Cofradía de Nazarenos del Santísimo Cristo de la Expiración y Nuestra Madre y Señora del Patrocinio, de Sevilla.
13 de enero de 2014
- D. José Joaquín Castellón Martín, Administrador Parroquial de la Parroquia de Nuestra Señora de Consolación, de Osuna y Administrador Parroquial de la Parroquia de Santiago El Mayor, de Los Corrales.
13 de enero de 2014
- D. Domingo Moreno Ramírez, Sustituto General del Juez-Presidente de la Sección Diocesana de Córdoba del Tribunal Interdiocesano de Primera Instancia de Sevilla.
16 de enero de 2014
- D. Antonio Jesús Morales Fernández, Adjunto al Defensor del Vinculo, como sustituto general del mismo, de la Sección Diocesana de Córdoba del Tribunal Interdiocesano de Primera Instancia, de Sevilla.
16 de enero de 2014
- Vocales del Consejo Económico de la Parroquia de San José, de El Cuervo.
27 de enero de 2014
- Vocales del Consejo Económico de la Parroquia de Nuestra Señora de la Candelaria, de Sevilla
30 de enero de 2014

Ceses

- D. Mariano Escobar Crespo, Vicario Parroquial de la Parroquia de Nuestra Señora de las Virtudes, de La Puebla de Cazalla.
- D. Luis Joaquín Rebolo González, Administrador Parroquial de la Parroquia de Santiago El Mayor, de Los Corrales.

Necrológicas

D. Juan Ávalos Andrade

El pasado 4 de enero falleció el sacerdote Juan Ávalos Andrade a los 69 años de edad.
Nació el 20 de abril de 1944 en Puebla de Cazalla y fue ordenado sacerdote en Sevilla el 19 de junio de 1968
Comenzó su ministerio sacerdotal como Vicario parroquial de la Parroquia de San Fernando, de Villanueva del Río y Minas y como Vicario Parroquial de la Parroquia de Nuestra Señora de la Virtudes, de La Puebla de Cazalla.
Continuó su labor pastoral como Párroco y Administrador Parroquial de la Parroquia de la Purísima Concepción, de La Lantejuela, como Párroco de la Parroquia de Nuestra Señora de las Virtudes, de La Puebla de Cazalla y como Arcipreste del Arciprestazgo de Osuna.

D. Manuel Morales Ortiz

El pasado 26 de enero falleció el sacerdote Manuel Morales Ortiz a los 86 años de edad.
Nació el 21 de enero de 1927 en Sanlúcar la Mayor y fue ordenado sacerdote en Sevilla el 16 de junio de 1962.
Inició su labor pastoral como Vicario Parroquial de la Parroquia de Nuestra Señora de la Asunción, de Lora del Río, como Párroco de la Parroquia de Nuestra Señora de Consolación, de Cazalla de la Sierra y como Párroco de la Parroquia de Nuestra Señora de las Nieves, de Benacazón.
Continuó su ministerio sacerdotal como Capellán de las RR. Carmelitas Descalzas de Sanlúcar la Mayor, como Párroco de la Parroquia de San Isidro Labrador, de Sevilla y como Vicario Parroquial de la Parroquia de la Concepción Inmaculada, de Sevilla.

Departamento de Asuntos Jurídicos

Aprobación de Reglas

Hermandad Sacramental del Stmo. Cristo de la Agonía en el Huerto, María Stma. de Loreto y Ntra. Sra. de los Remedios, de Morón de la Frontera.
Decreto Prot. Nº 3330/13, de fecha 16 de diciembre de 2013

Fervorosa Hermandad del Santísimo Cristo de la Salud, de La Campana.
Decreto Prot. Nº 222/14, de fecha 22 de enero de 2014

Hermandad de Ntra. Sra. del Rocío de Sevilla -Cerro del Águila, de Sevilla.
Decreto Prot. Nº 263/14, de fecha 28 de enero de 2014

Confirmación de Juntas de Gobierno

Hermandad del Stmo. Cristo de la Paz y María Stma. del Mayor Dolor, de Osuna.Decreto Prot. Nº 23/14, de fecha 8 de enero de 2014

Fervorosa y Humilde Hermandad y Cofradía de Nazarenos de Ntro. Padre Jesús Redentor Cautivo y María Stma.de los Dolores (El Calvario), El Coronil.
Decreto Prot. Nº 149/14, de fecha 16 de enero de 2014

Franciscana Hermandad Sacramental de la Santa Cruz y Ntra. Sra. de los Desamparados, de Sevilla.
Decreto Prot. Nº 200/14, de fecha 22 de enero de 2014

Real, Antigua, Fervorosa e Ilustre Hermandad Sacramental, de Sanlúcar la Mayor.
Decreto Prot. Nº 329/14, de fecha 30 de enero de 2014

Real Hermandad Sacramental y Cofradía de Ntra. Sra. de las Mercedes, de Mairena del Aljarafe.
Decreto Prot. Nº 338/14, de fecha 31 de enero de 2014

Obispos del Sur de España

CXXVII Asamblea Ordinaria

Comunicado de la CXXVII Asamblea Ordinaria de los Obispos del Sur de España
21 de Enero de 2014

El día 21 de enero se ha celebrado en Córdoba la CXXVII reunión conjunta de los Obispos de Andalucía, que comprende las Diócesis de Sevilla, Granada, Almería, Cádiz y Ceuta, Córdoba, Guadix, Huelva, Jaén, Asidonia-Jerez y Málaga. También han participado los Obispos Eméritos de Málaga y Cádiz.
Como es habitual, el encuentro se inició con un retiro espiritual dirigido, en esta ocasión, por Mons. José Vilaplana, Obispo de Huelva, que trató sobre el último capítulo de la Exhortación Apostólica "Evangelii Gaudium", del Papa Francisco, "Evangelizadores con Espíritu".

Visita Ad Limina
Los Obispos han hablado ampliamente de la Visita Ad Limina Apostolorum, que realizarán del 2 al 8 de marzo, junto al resto de Obispos españoles. Durante esos días serán recibidos por el Papa Francisco, venerarán las tumbas de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo y tendrán reuniones de trabajo en las diferentes Congregaciones de la Curia Romana.
El 3 de marzo, el Santo Padre recibirá en audiencia a todos los Obispos españoles y el día 8 esa recepción será para los Obispos de las Provincias Eclesiásticas de Granada y Sevilla.
En la Visita Ad Limina, que se realiza periódicamente a la Santa Sede, los Obispos informan sobre el estado de sus diócesis, sus problemas y las principales

actividades que se desarrollan. Además, sirve para expresar la unidad y la comunión de los Obispos con el Papa, y de las Iglesias locales con la Iglesia primada de Roma.

Encuentro Obispos-Superiores Mayores
Los Obispos han preparado el IX Encuentro de Obispos y Superiores Mayores, que tendrá lugar el próximo mes de mayo, en Córdoba. En este encuentro se abordarán las líneas de acción que emergen del reciente documento de la Conferencia Episcopal Española sobre la vida consagrada: "Iglesia particular y vida consagrada. Cauces operativos para facilitar las relaciones mutuas entre los obispos y la vida consagrada en la Iglesia en España".

Nombramiento
En esta Asamblea, los Obispos han dado su aprobación al próximo nombramiento de D. José Jesús Rodríguez Giménez, de la Diócesis de Asidonia-Jerez, como Presidente de la Federación de Scouts Católicos de Andalucía.

Córdoba, 21 de enero de 2014

Santa Sede

Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz

**MENSAJE DEL SANTO PADRE FRANCISCO
PARA LA CELEBRACIÓN DE LA
XLVII JORNADA MUNDIAL DE LA PAZ
1 de enero de 2014**

La fraternidad, fundamento y camino para la paz

1. En este mi primer Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz, quisiera desear a todos, a las personas y a los pueblos, una vida llena de alegría y de esperanza. El corazón de todo hombre y de toda mujer alberga en su interior el deseo de una vida plena, de la que forma parte un anhelo indeleble de fraternidad, que nos invita a la comunión con los otros, en los que encontramos no enemigos o contrincantes, sino hermanos a los que acoger y querer.

De hecho, la fraternidad es una dimensión esencial del hombre, que es un ser relacional. La viva conciencia de este carácter relacional nos lleva a ver y a tratar a cada persona como una verdadera hermana y un verdadero hermano; sin ella, es imposible la construcción de una sociedad justa, de una paz estable y duradera. Y es necesario recordar que normalmente la fraternidad se empieza a aprender en el seno de la familia, sobre todo gracias a las responsabilidades complementarias de cada uno de sus miembros, en particular del padre y de la madre. La familia es la fuente de toda fraternidad, y por eso es también el fundamento y el camino primordial para la paz, pues, por vocación, debería contagiar al mundo con su amor.

El número cada vez mayor de interdependencias y de comunicaciones que se entrecruzan en nuestro planeta hace más palpable la conciencia de que todas

las naciones de la tierra forman una unidad y comparten un destino común. En los dinamismos de la historia, a pesar de la diversidad de etnias, sociedades y culturas, vemos sembrada la vocación de formar una comunidad compuesta de hermanos que se acogen recíprocamente y se preocupan los unos de los otros. Sin embargo, a menudo los hechos, en un mundo caracterizado por la "globalización de la indiferencia", que poco a poco nos "habitúa" al sufrimiento del otro, cerrándonos en nosotros mismos, contradicen y desmienten esa vocación.

En muchas partes del mundo, continuamente se lesionan gravemente los derechos humanos fundamentales, sobre todo el derecho a la vida y a la libertad religiosa. El trágico fenómeno de la trata de seres humanos, con cuya vida y desesperación especulan personas sin escrúpulos, representa un ejemplo inquietante. A las guerras hechas de enfrentamientos armados se suman otras guerras menos visibles, pero no menos crueles, que se combaten en el campo económico y financiero con medios igualmente destructivos de vidas, de familias, de empresas.

La globalización, como ha afirmado Benedicto XVI, nos acerca a los demás, pero no nos hace hermanos[1]. Además, las numerosas situaciones de desigualdad, de pobreza y de injusticia revelan no sólo una profunda falta de fraternidad, sino también la ausencia de una cultura de la solidaridad. Las nuevas ideologías, caracterizadas por un difuso individualismo, egocentrismo y consumismo materialista, debilitan los lazos sociales, fomentando esa mentalidad del "descarte", que lleva al desprecio y al abandono de los más débiles, de cuantos son considerados "inútiles". Así la convivencia humana se parece cada vez más a un mero do ut des pragmático y egoísta.

Al mismo tiempo, es claro que tampoco las éticas contemporáneas son capaces de generar vínculos auténticos de fraternidad, ya que una fraternidad privada de la referencia a un Padre común, como fundamento último, no logra subsistir[2]. Una verdadera fraternidad entre los hombres supone y requiere una paternidad trascendente. A partir del reconocimiento de esta paternidad, se consolida la fraternidad entre los hombres, es decir, ese hacerse «prójimo» que se preocupa por el otro.

«¿Dónde está tu hermano?» (Gn4,9)

2. Para comprender mejor esta vocación del hombre a la fraternidad, para conocer más adecuadamente los obstáculos que se interponen en su realización y descubrir los caminos para superarlos, es fundamental dejarse guiar por el conocimiento del designio de Dios, que nos presenta luminosamente la Sagrada Escritura.

Según el relato de los orígenes, todos los hombres proceden de unos padres comunes, de Adán y Eva, pareja creada por Dios a su imagen y semejanza (cf. Gn 1,26), de los cuales nacen Caín y Abel. En la historia de la primera familia leemos la génesis de la sociedad, la evolución de las relaciones entre las personas y los pueblos.

Abel es pastor, Caín es labrador. Su identidad profunda y, a la vez, su vocación, es ser hermanos, en la diversidad de su actividad y cultura, de su modo de relacionarse con Dios y con la creación. Pero el asesinato de Abel por parte de Caín deja constancia trágicamente del rechazo radical de la vocación a ser hermanos. Su historia (cf. Gn 4,1-16) pone en evidencia la dificultad de la tarea a la que están llamados todos los hombres, vivir unidos, preocupándose los unos de los otros. Caín, al no aceptar la predilección de Dios por Abel, que le ofrecía lo mejor de su rebaño –«el Señor se fijó en Abel y en su ofrenda, pero no se fijó en Caín ni en su ofrenda» (Gn 4,4-5)–, mata a Abel por envidia. De esta manera, se niega a reconocerlo como hermano, a relacionarse positivamente con él, a vivir ante Dios asumiendo sus responsabilidades de cuidar y proteger al otro. A la pregunta «¿Dónde está tu hermano?», con la que Dios interpela a Caín pidiéndole cuentas por lo que ha hecho, él responde: «No lo sé; ¿acaso soy yo el guardián de mi hermano?» (Gn 4,9). Después –nos dice el Génesis– «Caín salió de la presencia del Señor» (4,16).

Hemos de preguntarnos por los motivos profundos que han llevado a Caín a dejar de lado el vínculo de fraternidad y, junto con él, el vínculo de reciprocidad y de comunión que lo unía a su hermano Abel. Dios mismo denuncia y recrimina a Caín su connivencia con el mal: «El pecado acecha a la puerta» (Gn 4,7). No obstante, Caín no lucha contra el mal y decide igualmente alzar la mano «contra su hermano Abel» (Gn 4,8), rechazando el proyecto de Dios. Frustra así su vocación originaria de ser hijo de Dios y a vivir la fraternidad.

El relato de Caín y Abel nos enseña que la humanidad lleva inscrita en sí una vocación a la fraternidad, pero también la dramática posibilidad de su traición. Da testimonio de ello el egoísmo cotidiano, que está en el fondo de tantas guerras e injusticias: muchos hombres y mujeres mueren a manos de hermanos y hermanas que no saben reconocerse como tales, es decir, como seres hechos para la reciprocidad, para la comunión y para el don.

«Y todos ustedes son hermanos» (Mt 23,8)

3. Surge espontánea la pregunta: ¿los hombres y las mujeres de este mundo podrán corresponder alguna vez plenamente al anhelo de fraternidad, que Dios Padre imprimió en ellos? ¿Conseguirán, sólo con sus fuerzas, vencer la indiferencia, el egoísmo y el odio, y aceptar las legítimas diferencias que caracterizan a los hermanos y hermanas?

Parafraseando sus palabras, podríamos sintetizar así la respuesta que nos da el Señor Jesús: Ya que hay un solo Padre, que es Dios, todos ustedes son hermanos (cf. Mt 23,8-9). La fraternidad está enraizada en la paternidad de Dios. No se trata de una paternidad genérica, indiferenciada e históricamente ineficaz, sino de un amor personal, puntual y extraordinariamente concreto de Dios por cada ser humano (cf. Mt 6,25-30). Una paternidad, por tanto, que genera eficazmente fraternidad, porque el amor de Dios, cuando es acogido, se convierte en el agente más asombroso de transformación de la existencia y de las relaciones con los otros, abriendo a los hombres a la solidaridad y a la reciprocidad.

Sobre todo, la fraternidad humana ha sido regenerada en y por Jesucristo con su muerte y resurrección. La cruz es el "lugar" definitivo donde se funda la fraternidad, que los hombres no son capaces de generar por sí mismos. Jesucristo, que ha asumido la naturaleza humana para redimirla, amando al Padre hasta la muerte, y una muerte de cruz (cf. Flp 2,8), mediante su resurrección nos constituye en humanidad nueva, en total comunión con la voluntad de Dios, con su proyecto, que comprende la plena realización de la vocación a la fraternidad.

Jesús asume desde el principio el proyecto de Dios, concediéndole el primado sobre todas las cosas. Pero Cristo, con su abandono a la muerte por amor al Padre, se convierte en principio nuevo y definitivo para todos nosotros, llamados a reconocernos hermanos en Él, hijos del mismo Padre. Él es la misma Alianza, el lugar personal de la reconciliación del hombre con Dios y de los hermanos entre sí. En la muerte en cruz de Jesús también queda superada la separación entre pueblos, entre el pueblo de la Alianza y el pueblo de los Gentiles, privado de esperanza porque hasta aquel momento era ajeno a los pactos de la Promesa. Como leemos en la Carta a los Efesios, Jesucristo reconcilia en sí a todos los hombres. Él es la paz, porque de los dos pueblos ha hecho uno solo, derribando el muro de separación que los dividía, la enemistad. Él ha creado en sí mismo un solo pueblo, un solo hombre nuevo, una sola humanidad (cf. 2,14-16).

Quien acepta la vida de Cristo y vive en Él reconoce a Dios como Padre y se entrega totalmente a Él, amándolo sobre todas las cosas. El hombre reconciliado ve en Dios al Padre de todos y, en consecuencia, siente el llamado a vivir una fraternidad abierta a todos. En Cristo, el otro es aceptado y amado como hijo o hija de Dios, como hermano o hermana, no como un extraño, y menos aún como un contrincante o un enemigo. En la familia de Dios, donde todos son hijos de un mismo Padre, y todos están injertados en Cristo, hijos en el Hijo, no hay "vidas descartables". Todos gozan de igual e intangible dignidad. Todos son amados por Dios, todos han sido rescatados por la sangre de Cristo, muerto en cruz y resucitado por cada uno. Ésta es la razón por la que no podemos quedarnos indiferentes ante la suerte de los hermanos.

La fraternidad, fundamento y camino para la paz

4. Teniendo en cuenta todo esto, es fácil comprender que la fraternidad es fundamento y camino para la paz. Las Encíclicas sociales de mis Predecesores aportan una valiosa ayuda en este sentido. Bastaría recuperar las definiciones de paz de la Populorum progressio de Pablo VI o de la Sollicitudo rei socialis de Juan Pablo II. En la primera, encontramos que el desarrollo integral de los pueblos es el nuevo nombre de la paz[3]. En la segunda, que la paz es opus solidaritatis[4].

Pablo VI afirma que no sólo entre las personas, sino también entre las naciones, debe reinar un espíritu de fraternidad. Y explica: «En esta comprensión y amistad mutuas, en esta comunión sagrada, debemos […] actuar a una para edificar el porvenir común de la humanidad»[5]. Este deber concierne en primer lugar a los más favorecidos. Sus obligaciones hunden sus raíces en la fraternidad humana y sobrenatural, y se presentan bajo un triple aspecto: el deber de solidaridad, que exige que las naciones ricas ayuden a los países menos desarrollados; el deber de justicia social, que requiere el cumplimiento en términos más correctos de las relaciones defectuosas entre pueblos fuertes y pueblos débiles; el deber de caridad universal, que implica la promoción de un mundo más humano para todos, en donde todos tengan algo que dar y recibir, sin que el progreso de unos sea un obstáculo para el desarrollo de los otros[6].

Asimismo, si se considera la paz como opus solidaritatis, no se puede soslayar que la fraternidad es su principal fundamento. La paz –afirma Juan Pablo II– es un bien indivisible. O es de todos o no es de nadie. Sólo es posible alcanzarla realmente y gozar de ella, como mejor calidad de vida y como desarrollo más humano y sostenible, si se asume en la práctica, por parte de todos, una «determinación firme y perseverante de empeñarse por el bien común»[7]. Lo cual implica no dejarse llevar por el «afán de ganancia» o por la «sed de poder». Es necesario estar dispuestos a «'perderse' por el otro en lugar de explotarlo, y a 'servirlo'en lugar de oprimirlo para el propio provecho. […] El 'otro' –persona, pueblo o nación– no [puede ser considerado] como un instrumento cualquiera para explotar a bajo coste su capacidad de trabajo y resistencia física, abandonándolo cuando ya no sirve, sino como un 'semejante' nuestro, una 'ayuda'»[8].

La solidaridad cristiana entraña que el prójimo sea amado no sólo como «un ser humano con sus derechos y su igualdad fundamental con todos», sino como «la imagen viva de Dios Padre, rescatada por la sangre de Jesucristo y puesta bajo la acción permanente del Espíritu Santo»[9], como un hermano.«Entonces la conciencia de la paternidad común de Dios, de la hermandad de todos los hombres en Cristo, 'hijos en el Hijo', de la presencia y acción vivificadora del Espíritu Santo, conferirá –recuerda Juan Pablo II– a nuestra mirada sobre el mundo un nuevo criterio para interpretarlo»[10], para transformarlo.

La fraternidad, premisa para vencer la pobreza

5. En la Caritas in veritate, mi Predecesor recordaba al mundo entero que la falta de fraternidad entre los pueblos y entre los hombres es una causa importante de la pobreza[11]. En muchas sociedades experimentamos una profunda pobreza relacional debida a la carencia de sólidas relaciones familiares y comunitarias. Asistimos con preocupación al crecimiento de distintos tipos de descontento, de marginación, de soledad y a variadas formas de dependencia patológica. Una pobreza como ésta sólo puede ser superada redescubriendo y valorando las relaciones fraternas en el seno de las familias y de las comunidades, compartiendo las alegrías y los sufrimientos, las dificultades y los logros que forman parte de la vida de las personas.

Además, si por una parte se da una reducción de la pobreza absoluta, por otra parte no podemos dejar de reconocer un grave aumento de la pobreza relativa, es decir, de las desigualdades entre personas y grupos que conviven en una determinada región o en un determinado contexto histórico-cultural. En este sentido, se necesitan también políticas eficaces que promuevan el principio de la fraternidad, asegurando a las personas –iguales en su dignidad y en sus derechos fundamentales– el acceso a los «capitales», a los servicios, a los recursos educativos, sanitarios, tecnológicos, de modo que todos tengan la oportunidad de expresar y realizar su proyecto de vida, y puedan desarrollarse plenamente como personas.

También se necesitan políticas dirigidas a atenuar una excesiva desigualdad de la renta. No podemos olvidar la enseñanza de la Iglesia sobre la llamada hipoteca social, según la cual, aunque es lícito, como dice Santo Tomás de Aquino, e incluso necesario, «que el hombre posea cosas propias»[12], en cuanto al uso, no las tiene «como exclusivamente suyas, sino también como comunes, en el sentido de que no le aprovechen a él solamente, sino también a los demás»[13].

Finalmente, hay una forma más de promover la fraternidad –y así vencer la pobreza– que debe estar en el fondo de todas las demás. Es el desprendimiento de quien elige vivir estilos de vida sobrios y esenciales, de quien, compartiendo las propias riquezas, consigue así experimentar la comunión fraterna con los otros. Esto es fundamental para seguir a Jesucristo y ser auténticamente cristianos. No se trata sólo de personas consagradas que hacen profesión del voto de pobreza, sino también de muchas familias y ciudadanos responsables, que creen firmemente que la relación fraterna con el prójimo constituye el bien más preciado.

El redescubrimiento de la fraternidad en la economía

6. Las graves crisis financieras y económicas –que tienen su origen en el progresivo alejamiento del hombre de Dios y del prójimo, en la búsqueda insaciable de bienes materiales, por un lado, y en el empobrecimiento de las relaciones interpersonales y comunitarias, por otro– han llevado a muchos a buscar el bienestar, la felicidad y la seguridad en el consumo y la ganancia más allá de la lógica de una economía sana. Ya en 1979 Juan Pablo II advertía del «peligro real y perceptible de que, mientras avanza enormemente el dominio por parte del hombre sobre el mundo de las cosas, pierda los hilos esenciales de este dominio suyo, y de diversos modos su humanidad quede sometida a ese mundo, y él mismo se haga objeto de múltiple manipulación, aunque a veces no directamente perceptible, a través de toda la organización de la vida comunitaria, a través del sistema de producción, a través de la presión de los medios de comunicación social»[14].

El hecho de que las crisis económicas se sucedan una detrás de otra debería llevarnos a las oportunas revisiones de los modelos de desarrollo económico y a un cambio en los estilos de vida. La crisis actual, con graves consecuencias para la vida de las personas, puede ser, sin embargo, una ocasión propicia para recuperar las virtudes de la prudencia, de la templanza, de la justicia y de la fortaleza. Estas virtudes nos pueden ayudar a superar los momentos difíciles y a redescubrir los vínculos fraternos que nos unen unos a otros, con la profunda confianza de que el hombre tiene necesidad y es capaz de algo más que desarrollar al máximo su interés individual. Sobre todo, estas virtudes son necesarias para construir y mantener una sociedad a medida de la dignidad humana.

La fraternidad extingue la guerra

7. Durante este último año, muchos de nuestros hermanos y hermanas han sufrido la experiencia denigrante de la guerra, que constituye una grave y profunda herida infligida a la fraternidad.

Muchos son los conflictos armados que se producen en medio de la indiferencia general. A todos cuantos viven en tierras donde las armas imponen terror y destrucción, les aseguro mi cercanía personal y la de toda la Iglesia. Ésta tiene la misión de llevar la caridad de Cristo también a las víctimas inermes de las guerras olvidadas, mediante la oración por la paz, el servicio a los heridos, a los que pasan hambre, a los desplazados, a los refugiados y a cuantos viven con miedo. Además la Iglesia alza su voz para hacer llegar a los responsables el grito de dolor de esta humanidad sufriente y para hacer cesar, junto a las hostilidades, cualquier atropello o violación de los derechos fundamentales del hombre[15].

Por este motivo, deseo dirigir una encarecida exhortación a cuantos siembran violencia y muerte con las armas: Redescubran, en quien hoy consideran sólo un enemigo al que exterminar, a su hermano y no alcen su mano contra él. Renuncien a la vía de las armas y vayan al encuentro del otro con el diálogo, el perdón y la reconciliación para reconstruir a su alrededor la justicia, la confianza y la esperanza. «En esta perspectiva, parece claro que en la vida de los pueblos los conflictos armados constituyen siempre la deliberada negación de toda posible concordia internacional, creando divisiones profundas y heridas lacerantes que requieren muchos años para cicatrizar. Las guerras constituyen el rechazo práctico al compromiso por alcanzar esas grandes metas económicas y sociales que la comunidad internacional se ha fijado»[16].

Sin embargo, mientras haya una cantidad tan grande de armamentos en circulación como hoy en día, siempre se podrán encontrar nuevos pretextos para iniciar las hostilidades. Por eso, hago mío el llamamiento de mis Predecesores a la no proliferación de las armas y al desarme de parte de todos, comenzando por el desarme nuclear y químico.

No podemos dejar de constatar que los acuerdos internacionales y las leyes nacionales, aunque son necesarias y altamente deseables, no son suficientes por sí solas para proteger a la humanidad del riesgo de los conflictos armados. Se necesita una conversión de los corazones que permita a cada uno reconocer en el otro un hermano del que preocuparse, con el que colaborar para construir una vida plena para todos. Éste es el espíritu que anima muchas iniciativas de la sociedad civil a favor de la paz, entre las que se encuentran las de las organizaciones religiosas. Espero que el empeño cotidiano de todos siga dando fruto y que se pueda lograr también la efectiva aplicación en el derecho internacional del derecho a la paz, como un derecho humano fundamental, precondición necesaria para el ejercicio de todos los otros derechos.

La corrupción y el crimen organizado se oponen a la fraternidad

8. El horizonte de la fraternidad prevé el desarrollo integral de todo hombre y mujer. Las justas ambiciones de una persona, sobre todo si es joven, no se pueden frustrar y ultrajar, no se puede defraudar la esperanza de poder realizarlas. Sin embargo, no podemos confundir la ambición con la prevaricación. Al contrario, debemos competir en la estima mutua (cf. Rm 12,10). También en las disputas, que constituyen un aspecto ineludible de la vida, es necesario recordar que somos hermanos y, por eso mismo, educar y educarse en no considerar al prójimo un enemigo o un adversario al que eliminar.

La fraternidad genera paz social, porque crea un equilibrio entre libertad y justicia, entre responsabilidad personal y solidaridad, entre el bien de los individuos y el bien común. Y una comunidad política debe favorecer todo

esto con trasparencia y responsabilidad. Los ciudadanos deben sentirse representados por los poderes públicos sin menoscabo de su libertad. En cambio, a menudo, entre ciudadano e instituciones, se infiltran intereses de parte que deforman su relación, propiciando la creación de un clima perenne de conflicto.

Un auténtico espíritu de fraternidad vence el egoísmo individual que impide que las personas puedan vivir en libertad y armonía entre sí. Ese egoísmo se desarrolla socialmente tanto en las múltiples formas de corrupción, hoy tan capilarmente difundidas, como en la formación de las organizaciones criminales, desde los grupos pequeños a aquellos que operan a escala global, que, minando profundamente la legalidad y la justicia, hieren el corazón de la dignidad de la persona. Estas organizaciones ofenden gravemente a Dios, perjudican a los hermanos y dañan a la creación, más todavía cuando tienen connotaciones religiosas.

Pienso en el drama lacerante de la droga, con la que algunos se lucran despreciando las leyes morales y civiles, en la devastación de los recursos naturales y en la contaminación, en la tragedia de la explotación laboral; pienso en el blanqueo ilícito de dinero así como en la especulación financiera, que a menudo asume rasgos perjudiciales y demoledores para enteros sistemas económicos y sociales, exponiendo a la pobreza a millones de hombres y mujeres; pienso en la prostitución que cada día cosecha víctimas inocentes, sobre todo entre los más jóvenes, robándoles el futuro; pienso en la abominable trata de seres humanos, en los delitos y abusos contra los menores, en la esclavitud que todavía difunde su horror en muchas partes del mundo, en la tragedia frecuentemente desatendida de los emigrantes con los que se especula indignamente en la ilegalidad. Juan XXIII escribió al respecto: «Una sociedad que se apoye sólo en la razón de la fuerza ha de calificarse de inhumana. En ella, efectivamente, los hombres se ven privados de su libertad, en vez de sentirse estimulados, por el contrario, al progreso de la vida y al propio perfeccionamiento»[17]. Sin embargo, el hombre se puede convertir y nunca se puede excluir la posibilidad de que cambie de vida. Me gustaría que esto fuese un mensaje de confianza para todos, también para aquellos que han cometido crímenes atroces, porque Dios no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva (cf. Ez 18,23).

En el contexto amplio del carácter social del hombre, por lo que se refiere al delito y a la pena, también hemos de pensar en las condiciones inhumanas de muchas cárceles, donde el recluso a menudo queda reducido a un estado infrahumano y humillado en su dignidad humana, impedido también de cualquier voluntad y expresión de redención. La Iglesia hace mucho en todos estos ámbitos, la mayor parte de las veces en silencio. Exhorto y animo a hacer cada vez más, con la esperanza de que dichas iniciativas, llevadas a cabo

por muchos hombres y mujeres audaces, sean cada vez más apoyadas leal y honestamente también por los poderes civiles.

La fraternidad ayuda a proteger y a cultivar la naturaleza

9. La familia humana ha recibido del Creador un don en común: la naturaleza. La visión cristiana de la creación conlleva un juicio positivo sobre la licitud de las intervenciones en la naturaleza para sacar provecho de ello, a condición de obrar responsablemente, es decir, acatando aquella "gramática" que está inscrita en ella y usando sabiamente los recursos en beneficio de todos, respetando la belleza, la finalidad y la utilidad de todos los seres vivos y su función en el ecosistema. En definitiva, la naturaleza está a nuestra disposición, y nosotros estamos llamados a administrarla responsablemente. En cambio, a menudo nos dejamos llevar por la codicia, por la soberbia del dominar, del tener, del manipular, del explotar; no custodiamos la naturaleza, no la respetamos, no la consideramos un don gratuito que tenemos que cuidar y poner al servicio de los hermanos, también de las generaciones futuras.

En particular, el sector agrícola es el sector primario de producción con la vocación vital de cultivar y proteger los recursos naturales para alimentar a la humanidad. A este respecto, la persistente vergüenza del hambre en el mundo me lleva a compartir con ustedes la pregunta: ¿cómo usamos los recursos de la tierra? Las sociedades actuales deberían reflexionar sobre la jerarquía en las prioridades a las que se destina la producción. De hecho, es un deber de obligado cumplimiento que se utilicen los recursos de la tierra de modo que nadie pase hambre. Las iniciativas y las soluciones posibles son muchas y no se limitan al aumento de la producción. Es de sobra sabido que la producción actual es suficiente y, sin embargo, millones de personas sufren y mueren de hambre, y eso constituye un verdadero escándalo. Es necesario encontrar los modos para que todos se puedan beneficiar de los frutos de la tierra, no sólo para evitar que se amplíe la brecha entre quien más tiene y quien se tiene que conformar con las migajas, sino también, y sobre todo, por una exigencia de justicia, de equidad y de respeto hacia el ser humano. En este sentido, quisiera recordar a todos el necesario destino universal de los bienes, que es uno de los principios clave de la doctrina social de la Iglesia. Respetar este principio es la condición esencial para posibilitar un efectivo y justo acceso a los bienes básicos y primarios que todo hombre necesita y a los que tiene derecho.

Conclusión

10. La fraternidad tiene necesidad de ser descubierta, amada, experimentada, anunciada y testimoniada. Pero sólo el amor dado por Dios nos permite acoger y vivir plenamente la fraternidad.

El necesario realismo de la política y de la economía no puede reducirse a un tecnicismo privado de ideales, que ignora la dimensión trascendente del hombre. Cuando falta esta apertura a Dios, toda actividad humana se vuelve más pobre y las personas quedan reducidas a objetos de explotación. Sólo si aceptan moverse en el amplio espacio asegurado por esta apertura a Aquel que ama a cada hombre y a cada mujer, la política y la economía conseguirán estructurarse sobre la base de un auténtico espíritu de caridad fraterna y podrán ser instrumento eficaz de desarrollo humano integral y de paz.

Los cristianos creemos que en la Iglesia somos miembros los unos de los otros, que todos nos necesitamos unos a otros, porque a cada uno de nosotros se nos ha dado una gracia según la medida del don de Cristo, para la utilidad común (cf. Ef 4,7.25; 1 Co 12,7). Cristo ha venido al mundo para traernos la gracia divina, es decir, la posibilidad de participar en su vida. Esto lleva consigo tejer un entramado de relaciones fraternas, basadas en la reciprocidad, en el perdón, en el don total de sí, según la amplitud y la profundidad del amor de Dios, ofrecido a la humanidad por Aquel que, crucificado y resucitado, atrae a todos a sí: «Les doy un mandamiento nuevo: que se amen unos a otros; como yo les he amado, ámense también entre ustedes. La señal por la que conocerán todos que son discípulos míos será que se aman unos a otros» (Jn 13,34-35). Ésta es la buena noticia que reclama de cada uno de nosotros un paso adelante, un ejercicio perenne de empatía, de escucha del sufrimiento y de la esperanza del otro, también del más alejado de mí, poniéndonos en marcha por el camino exigente de aquel amor que se entrega y se gasta gratuitamente por el bien de cada hermano y hermana.

Cristo se dirige al hombre en su integridad y no desea que nadie se pierda. «Dios no mandó a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo se salve por Él» (Jn 3,17). Lo hace sin forzar, sin obligar a nadie a abrirle las puertas de su corazón y de su mente. «El primero entre ustedes pórtese como el menor, y el que gobierna, como el que sirve» –dice Jesucristo– ,«yo estoy en medio de ustedes como el que sirve» (Lc 22,26-27). Así pues, toda actividad debe distinguirse por una actitud de servicio a las personas, especialmente a las más lejanas y desconocidas. El servicio es el alma de esa fraternidad que edifica la paz.

Que María, la Madre de Jesús, nos ayude a comprender y a vivir cada día la fraternidad que brota del corazón de su Hijo, para llevar paz a todos los hombres en esta querida tierra nuestra.

Vaticano, 8 de diciembre de 2013.

FRANCISCO

[1] Cf. Carta enc. Caritas in veritate (29 junio 2009), 19: AAS 101 (2009), 654-655.
[2] Cf. Francisco, Carta enc. Lumen fidei (29 junio 2013), 54: AAS 105 (2013), 591-592.
[3] Cf. Pablo VI, Carta enc. Populorum progressio (26 marzo 1967), 87: AAS 59 (1967), 299.
[4] Cf. Juan Pablo II, Carta enc. Sollicitudo rei socialis (30 diciembre 1987), 39: AAS 80 (1988), 566-568.
[5] Carta enc. Populorum progressio (26 marzo 1967), 43: AAS 59 (1967), 278-279.
[6] Cf. íbid., 44: AAS 59 (1967), 279.
[7] Carta enc. Sollicitudo rei socialis (30 diciembre 1987), 38: AAS 80 (1988), 566.
[8] Íbid., 38-39: AAS 80 (1988), 566-567.
[9] Íbid., 40: AAS 80 (1988), 569.
[10] Íbid.
[11] Cf. Carta enc. Caritas in veritate (29 junio 2009), 19: AAS 101 (2009), 654-655.
[12] Summa Theologiae II-II, q.66, art. 2.
[13] Conc. Ecum. Vat. II, Const. past. Gaudium et spes, sobre la Iglesia en el mundo actual, 69. Cf. León XIII, Carta enc. Rerum novarum (15 mayo 1891), 19: ASS 23 (1890-1891), 651; Juan Pablo II, Carta enc. Sollicitudo rei socialis (30 diciembre 1987), 42: AAS 80 (1988), 573-574; Pontificio Consejo «Justicia y Paz», Compendio de la Doctrina social de la Iglesia, n. 178.
[14] Carta enc. Redemptor hominis (4 marzo 1979), 16: AAS 61 (1979), 290.
[15] Cf. Pontificio Consejo «Justicia y Paz», Compendio de la Doctrina social de la Iglesia, n. 159.
[16] Francisco, Carta al Presidente de la Federación Rusa, Vladímir Putin (4 septiembre 2013): L'Osservatore Romano, ed. semanal en lengua española (6 septiembre 2013), 1.
[17] Carta enc. Pacem in terris (11 abril 1963),34: AAS 55 (1963), 256.

Mensaje para la Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones

MENSAJE DEL SANTO PADRE FRANCISCO
PARA LA CELEBRACIÓN DE LA
LI JORNADA MUNDIAL DE ORACIÓN POR LAS VOCACIONES
11 de mayo de 2014

Vocaciones, testimonio de la verdad

Queridos hermanos y hermanas:

1. El Evangelio relata que "Jesús recorría todas las ciudades y aldeas... Al ver a las muchedumbres, se compadecía de ellas, porque estaban extenuadas y abandonadas "como ovejas que no tienen pastor". Entonces dice a sus discípulos: "La mies es abundante, pero los trabajadores son pocos; rogad, pues, al Señor de la mies que mande trabajadores a su mies" . Estas palabras nos sorprenden, porque todos sabemos que primero es necesario arar, sembrar y cultivar para poder luego, a su debido tiempo, cosechar una mies abundante. Jesús, en cambio, afirma que "la mies es abundante". ¿Pero quién ha trabajado para que el resultado fuese así? La respuesta es una sola: Dios. Evidentemente el campo del cual habla Jesús es la humanidad, somos nosotros. Y la acción eficaz que es causa del "mucho fruto" es la gracia de Dios, la comunión con él. Por tanto, la oración que Jesús pide a la Iglesia se refiere a la petición de incrementar el número de quienes están al servicio de su Reino. San Pablo, que fue uno de estos "colaboradores de Dios", se prodigó incansablemente por la causa del Evangelio y de la Iglesia. Con la conciencia de quien ha experimentado personalmente hasta qué punto es inescrutable la voluntad salvífica de Dios, y que la iniciativa de la gracia es el origen de toda vocación, el Apóstol recuerda a los cristianos de Corinto: "Vosotros sois campo de Dios". Así, primero nace dentro de nuestro corazón el asombro por una mies abundante que sólo Dios puede dar; luego, la gratitud por un amor que siempre nos precede; por último, la adoración por la obra que él ha hecho y que requiere nuestro libre compromiso de actuar con él y por él.

2. Muchas veces hemos rezado con las palabras del salmista: "Él nos hizo y somos suyos, su pueblo y ovejas de su rebaño"; o también: "El Señor se escogió a Jacob, a Israel en posesión suya". Pues bien, nosotros somos "propiedad" de Dios no en el sentido de la posesión que hace esclavos, sino de un vínculo fuerte que nos une a Dios y entre nosotros, según un pacto de alianza que permanece eternamente "porque su amor es para siempre" . En el relato de la vocación del profeta Jeremías, por ejemplo, Dios recuerda que él vela continuamente sobre cada uno para que se cumpla su Palabra en nosotros. La imagen elegida es la rama de almendro, el primero en florecer, anunciando el renacer de la vida en primavera. Todo procede de él y es don suyo: el mundo,

la vida, la muerte, el presente, el futuro, pero -asegura el Apóstol- "vosotros sois de Cristo y Cristo de Dios". He aquí explicado el modo de pertenecer a Dios: a través de la relación única y personal con Jesús, que nos confirió el Bautismo desde el inicio de nuestro nacimiento a la vida nueva. Es Cristo, por lo tanto, quien continuamente nos interpela con su Palabra para que confiemos en él, amándole "con todo el corazón, con todo el entendimiento y con todo el ser". Por eso, toda vocación, no obstante la pluralidad de los caminos, requiere siempre un éxodo de sí mismos para centrar la propia existencia en Cristo y en su Evangelio. Tanto en la vida conyugal, como en las formas de consagración religiosa y en la vida sacerdotal, es necesario superar los modos de pensar y de actuar no concordes con la voluntad de Dios. Es un "éxodo que nos conduce a un camino de adoración al Señor y de servicio a él en los hermanos y hermanas" .Por eso, todos estamos llamados a adorar a Cristo en nuestro corazón para dejarnos alcanzar por el impulso de la gracia que anida en la semilla de la Palabra, que debe crecer en nosotros y transformarse en servicio concreto al prójimo. No debemos tener miedo: Dios sigue con pasión y maestría la obra fruto de sus manos en cada etapa de la vida. Jamás nos abandona. Le interesa que se cumpla su proyecto en nosotros, pero quiere conseguirlo con nuestro asentimiento y nuestra colaboración.

3. También hoy Jesús vive y camina en nuestras realidades de la vida ordinaria para acercarse a todos, comenzando por los últimos, y curarnos de nuestros males y enfermedades. Me dirijo ahora a aquellos que están bien dispuestos a ponerse a la escucha de la voz de Cristo que resuena en la Iglesia, para comprender cuál es la propia vocación. Os invito a escuchar y seguir a Jesús, a dejaros transformar interiormente por sus palabras que "son espíritu y vida" María, Madre de Jesús y nuestra, nos repite también a nosotros: "Haced lo que él os diga". Os hará bien participar con confianza en un camino comunitario que sepa despertar en vosotros y en torno a vosotros las mejores energías. La vocación es un fruto que madura en el campo bien cultivado del amor recíproco que se hace servicio mutuo, en el contexto de una auténtica vida eclesial. Ninguna vocación nace por sí misma o vive por sí misma. La vocación surge del corazón de Dios y brota en la tierra buena del pueblo fiel, en la experiencia del amor fraterno. ¿Acaso no dijo Jesús: "En esto conocerán todos que sois discípulos míos: si os amáis unos a otros"?

4. Queridos hermanos y hermanas, vivir este "alto grado" de la vida cristiana ordinaria, significa algunas veces ir a contracorriente, y comporta también encontrarse con obstáculos, fuera y dentro de nosotros. Jesús mismo nos advierte: La buena semilla de la Palabra de Dios a menudo es robada por el Maligno, bloqueada por las tribulaciones, ahogada por preocupaciones y seducciones mundanas. Todas estas dificultades podrían desalentarnos, replegándonos por sendas aparentemente más cómodas. Pero la verdadera alegría de los llamados consiste en creer y experimentar que él, el Señor, es

fiel, y con él podemos caminar, ser discípulos y testigos del amor de Dios, abrir el corazón a grandes ideales, a cosas grandes. "Los cristianos no hemos sido elegidos por el Señor para pequeñeces. Id siempre más allá, hacia las cosas grandes. Poned en juego vuestra vida por los grandes ideales". A vosotros obispos, sacerdotes, religiosos, comunidades y familias cristianas os pido que orientéis la pastoral vocacional en esta dirección, acompañando a los jóvenes por itinerarios de santidad que, al ser personales, "exigen una auténtica pedagogía de la santidad, capaz de adaptarse a los ritmos de cada persona. Esta pedagogía debe integrar las riquezas de la propuesta dirigida a todos con las formas tradicionales de ayuda personal y de grupo, y con las formas más recientes ofrecidas en las asociaciones y en los movimientos reconocidos por la Iglesia".

Dispongamos por tanto nuestro corazón a ser "terreno bueno" para escuchar, acoger y vivir la Palabra y dar así fruto. Cuanto más nos unamos a Jesús con la oración, la Sagrada Escritura, la Eucaristía, los Sacramentos celebrados y vividos en la Iglesia, con la fraternidad vivida, tanto más crecerá en nosotros la alegría de colaborar con Dios al servicio del Reino de misericordia y de verdad, de justicia y de paz. Y la cosecha será abundante y en la medida de la gracia que sabremos acoger con docilidad en nosotros.

Con este deseo, y pidiéndoos que recéis por mí, imparto de corazón a todos la Bendición Apostólica".

Vaticano, 15 de enero de 2104

FRANCISCO

Mensaje para la Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales

MMENSAJE DEL PAPA PARA LA XLVIII JORNADA MUNDIAL DE LAS COMUNICACIONES SOCIALES
1 de junio de 2014

Comunicación al servicio de una auténtica cultura del encuentro

Queridos hermanos y hermanas:

Hoy vivimos en un mundo que se va haciendo cada vez más «pequeño»; por lo tanto, parece que debería ser más fácil estar cerca los unos de los otros. El desarrollo de los transportes y de las tecnologías de la comunicación nos acerca, conectándonos mejor, y la globalización nos hace interdependientes. Sin embargo, en la humanidad aún quedan divisiones, a veces muy marcadas. A nivel global vemos la escandalosa distancia entre el lujo de los más ricos y la miseria de los más pobres. A menudo basta caminar por una ciudad para ver el contraste entre la gente que vive en las aceras y la luz resplandeciente de las tiendas. Nos hemos acostumbrado tanto a ello que ya no nos llama la atención. El mundo sufre numerosas formas de exclusión, marginación y pobreza; así como de conflictos en los que se mezclan causas económicas, políticas, ideológicas y también, desgraciadamente, religiosas.

En este mundo, los medios de comunicación pueden ayudar a que nos sintamos más cercanos los unos de los otros, a que percibamos un renovado sentido de unidad de la familia humana que nos impulse a la solidaridad y al compromiso serio por una vida más digna para todos. Comunicar bien nos ayuda a conocernos mejor entre nosotros, a estar más unidos. Los muros que nos dividen solamente se pueden superar si estamos dispuestos a escuchar y a aprender los unos de los otros. Necesitamos resolver las diferencias mediante formas de diálogo que nos permitan crecer en la comprensión y el respeto. La cultura del encuentro requiere que estemos dispuestos no sólo a dar, sino también a recibir de los otros. Los medios de comunicación pueden ayudarnos en esta tarea, especialmente hoy, cuando las redes de la comunicación humana han alcanzado niveles de desarrollo inauditos. En particular, Internet puede ofrecer mayores posibilidades de encuentro y de solidaridad entre todos; y esto es algo bueno, es un don de Dios.

Sin embargo, también existen aspectos problemáticos: la velocidad con la que se suceden las informaciones supera nuestra capacidad de reflexión y de juicio, y no permite una expresión mesurada y correcta de uno mismo. La variedad de las opiniones expresadas puede ser percibida como una riqueza, pero también es posible encerrarse en una esfera hecha de informaciones que

sólo correspondan a nuestras expectativas e ideas, o incluso a determinados intereses políticos y económicos. El mundo de la comunicación puede ayudarnos a crecer o, por el contrario, a desorientarnos. El deseo de conexión digital puede terminar por aislarnos de nuestro prójimo, de las personas que tenemos al lado. Sin olvidar que quienes no acceden a estos medios de comunicación social –por tantos motivos–, corren el riesgo de quedar excluidos.

Estos límites son reales, pero no justifican un rechazo de los medios de comunicación social; más bien nos recuerdan que la comunicación es, en definitiva, una conquista más humana que tecnológica. Entonces, ¿qué es lo que nos ayuda a crecer en humanidad y en comprensión recíproca en el mundo digital? Por ejemplo, tenemos que recuperar un cierto sentido de lentitud y de calma. Esto requiere tiempo y capacidad de guardar silencio para escuchar. Necesitamos ser pacientes si queremos entender a quien es distinto de nosotros: la persona se expresa con plenitud no cuando se ve simplemente tolerada, sino cuando percibe que es verdaderamente acogida. Si tenemos el genuino deseo de escuchar a los otros, entonces aprenderemos a mirar el mundo con ojos distintos y a apreciar la experiencia humana tal y como se manifiesta en las distintas culturas y tradiciones. Pero también sabremos apreciar mejor los grandes valores inspirados desde el cristianismo, por ejemplo, la visión del hombre como persona, el matrimonio y la familia, la distinción entre la esfera religiosa y la esfera política, los principios de solidaridad y subsidiaridad, entre otros.

Entonces, ¿cómo se puede poner la comunicación al servicio de una auténtica cultura del encuentro? Para nosotros, discípulos del Señor, ¿qué significa encontrar una persona según el Evangelio? ¿Es posible, aun a pesar de nuestros límites y pecados, estar verdaderamente cerca los unos de los otros? Estas preguntas se resumen en la que un escriba, es decir un comunicador, le dirigió un día a Jesús: «¿Quién es mi prójimo?» (Lc 10,29). La pregunta nos ayuda a entender la comunicación en términos de proximidad. Podríamos traducirla así: ¿cómo se manifiesta la «proximidad» en el uso de los medios de comunicación y en el nuevo ambiente creado por la tecnología digital? Descubro una respuesta en la parábola del buen samaritano, que es también una parábola del comunicador. En efecto, quien comunica se hace prójimo, cercano. El buen samaritano no sólo se acerca, sino que se hace cargo del hombre medio muerto que encuentra al borde del camino. Jesús invierte la perspectiva: no se trata de reconocer al otro como mi semejante, sino de ser capaz de hacerme semejante al otro. Comunicar significa, por tanto, tomar conciencia de que somos humanos, hijos de Dios. Me gusta definir este poder de la comunicación como «proximidad».

Cuando la comunicación tiene como objetivo preponderante inducir al consumo o a la manipulación de las personas, nos encontramos ante una agresión

violenta como la que sufrió el hombre apaleado por los bandidos y abandonado al borde del camino, como leemos en la parábola. El levita y el sacerdote no ven en él a su prójimo, sino a un extraño de quien es mejor alejarse. En aquel tiempo, lo que les condicionaba eran las leyes de la purificación ritual. Hoy corremos el riesgo de que algunos medios nos condicionen hasta el punto de hacernos ignorar a nuestro prójimo real.

No basta pasar por las «calles» digitales, es decir simplemente estar conectados: es necesario que la conexión vaya acompañada de un verdadero encuentro. No podemos vivir solos, encerrados en nosotros mismos. Necesitamos amar y ser amados. Necesitamos ternura. Las estrategias comunicativas no garantizan la belleza, la bondad y la verdad de la comunicación. El mundo de los medios de comunicación no puede ser ajeno de la preocupación por la humanidad, sino que está llamado a expresar también ternura. La red digital puede ser un lugar rico en humanidad: no una red de cables, sino de personas humanas. La neutralidad de los medios de comunicación es aparente: sólo quien comunica poniéndose en juego a sí mismo puede representar un punto de referencia. El compromiso personal es la raíz misma de la fiabilidad de un comunicador. Precisamente por eso el testimonio cristiano, gracias a la red, puede alcanzar las periferias existenciales.

Lo repito a menudo: entre una Iglesia accidentada por salir a la calle y una Iglesia enferma de autoreferencialidad, prefiero sin duda la primera. Y las calles del mundo son el lugar donde la gente vive, donde es accesible efectiva y afectivamente. Entre estas calles también se encuentran las digitales, pobladas de humanidad, a menudo herida: hombres y mujeres que buscan una salvación o una esperanza. Gracias también a las redes, el mensaje cristiano puede viajar «hasta los confines de la tierra» (Hch. 1,8). Abrir las puertas de las iglesias significa abrirlas asimismo en el mundo digital, tanto para que la gente entre, en cualquier condición de vida en la que se encuentre, como para que el Evangelio pueda cruzar el umbral del templo y salir al encuentro de todos.

Estamos llamados a dar testimonio de una Iglesia que sea la casa de todos. ¿Somos capaces de comunicar este rostro de la Iglesia? La comunicación contribuye a dar forma a la vocación misionera de toda la Iglesia; y las redes sociales son hoy uno de los lugares donde vivir esta vocación redescubriendo la belleza de la fe, la belleza del encuentro con Cristo. También en el contexto de la comunicación sirve una Iglesia que logre llevar calor y encender los corazones.

No se ofrece un testimonio cristiano bombardeando mensajes religiosos, sino con la voluntad de donarse a los demás «a través de la disponibilidad para responder pacientemente y con respeto a sus preguntas y sus dudas en el camino de búsqueda de la verdad y del sentido de la existencia humana» (Benedicto XVI, Mensaje para la XLVII Jornada Mundial de las Comunicaciones

Sociales, 2013).

Pensemos en el episodio de los discípulos de Emaús. Es necesario saber entrar en diálogo con los hombres y las mujeres de hoy para entender sus expectativas, sus dudas, sus esperanzas, y poder ofrecerles el Evangelio, es decir Jesucristo, Dios hecho hombre, muerto y resucitado para liberarnos del pecado y de la muerte. Este desafío requiere profundidad, atención a la vida, sensibilidad espiritual. Dialogar significa estar convencidos de que el otro tiene algo bueno que decir, acoger su punto de vista, sus propuestas. Dialogar no significa renunciar a las propias ideas y tradiciones, sino a la pretensión de que sean únicas y absolutas.

Que la imagen del buen samaritano que venda las heridas del hombre apaleado, versando sobre ellas aceite y vino, nos sirva como guía. Que nuestra comunicación sea aceite perfumado para el dolor y vino bueno para la alegría. Que nuestra luminosidad no provenga de trucos o efectos especiales, sino de acercarnos, con amor y con ternura, a quien encontramos herido en el camino. No tengan miedo de hacerse ciudadanos del mundo digital. El interés y la presencia de la Iglesia en el mundo de la comunicación son importantes para dialogar con el hombre de hoy y llevarlo al encuentro con Cristo: una Iglesia que acompaña en el camino sabe ponerse en camino con todos. En este contexto, la revolución de los medios de comunicación y de la información constituye un desafío grande y apasionante que requiere energías renovadas y una imaginación nueva para transmitir a los demás la belleza de Dios.

Vaticano, 24 de enero de 2014, fiesta de san Francisco de Sales

FRANCISCO

Agenda del Arzobispo

Enero de 2014

6	Tarde	Preside la Función Principal de la Hermandad del Gran Poder de Sevilla.
7	Tarde	Preside la Misa de acción de gracias por la Beatificación de las Mártires Mínimas en el Convento de las Monjas Mínimas de Sevilla, en la c/ Pagés del Corro.
8	Mañana	Recibe audiencias.
9		Viaja a Madrid para acudir a la reunión del Comité Ejecutivo de la Conferencia Episcopal Española.
10	Mañana	Recibe audiencias.
	Tarde	Firma del documento de la creación de la Fundación COF.
11	Mañana	Recibe a los miembros de la Comisión Diocesana de la HOAC.
	Tarde	Preside la Misa Funeral por el eterno descanso del Rvdo. Sr. D. Juan Ávalos en La Puebla de Cazalla.
12		Preside la celebración de la Eucaristía en la Parroquia de San Juan de Ribera de Sevilla.
13		Preside la reunión del Consejo Episcopal.
14	Mañana	Recibe audiencias.
15	Mañana	Recibe audiencias.
16	Mañana	Recibe audiencias.
17	Mañana	Recibe audiencias.
18		Preside la Misa Parroquial en la Parroquia de Nuestra Señora del Pilar de Sevilla.

19		Preside la Función solemne en honor de Nuestro Padre Jesús de la Pasión.
20	Mañana	Preside la reunión del Consejo Episcopal.
	Tarde	Viaja a Estepa para inaugurar la iluminación de la Iglesia del Carmen y presidir la fiesta de San Sebastián en la Parroquia de San Sebastián de la citada localidad.
21		Viaja a Madrid para asistir a la Defensa de la Tesis Doctoral del Rvdo. Sr. D. Antonio José Mellet Márquez.
23	Mañana	Participa en el retiro de los sacerdotes y recibe a última hora en el Palacio Arzobispal a los Jefes y Oficiales del Ejército de Tierra en Sevilla.
	Tarde	Preside una oración ecuménica en el Seminario.
24	Mañana	Con motivo de la fiesta de San Francisco de Sales, preside la Eucaristía con periodistas y representantes de medios de comunicación en las Salesas.
	Tarde	Confirmaciones en el Colegio Highlands.
25	Mañana	Preside una Eucaristía en la Parroquia de los Sagrados Corazones de San Juan de Aznalfarache.
	Tarde	Preside la Misa de Manos Unidas en la Capilla Real de la S. I. Catedral.
26		Confirmaciones en El Rubio.
27	Mañana	Preside la reunión del Consejo Episcopal.
	Tarde	Preside el Encuentro, dentro del Seminario de Estudios Laicales, de profesionales e intelectuales.
28		Viaja a Madrid para asistir a la reunión de la Comisión Permanente de la Conferencia Episcopal Española.
29	Mañana	Comisión Permanente de la Conferencia Episcopal Española.
	Tarde	Confirmaciones en el Colegio Tabladilla.
30	Mañana	Preside el Consejo de Arciprestes
31	Mañana	Recibe audiencias.
	Mediodía	Bendice una estatua de Don Bosco y participa en el almuerzo del Colegio Mayor Salesiano con ocasión de su fiesta.
	Tarde	Preside una Misa de acción de gracias ante la Virgen de los Reyes por el 90 cumpleaños del M. I. Sr. D. Publio Escudero Herrero.